

Felipe de Urquijo Ugartevedea y Goicoechea, periodista y escritor tradicionalista

Nació en Poza de la Sal en la primera mitad del siglo XIX, hijo de padre originario del pueblo alavés de Oquendo y madre natural de Durango, en el señorío de Vizcaya. Tras pasar los primeros años de su vida en Poza, obtuvo oposiciones al Ministerio de Hacienda, por lo que pasó a residir a la provincia de Álava, ocupando la plaza de administrador principal guarda-almacén de las salinas de Añana, cargo por el que obtenía una remuneración de 10.000 reales. Allí entró en contacto y mantuvo amistad con algunos de los prohombres de la provincia, como Blas López, Mateo Benigno de Moraza y Ramón Ortiz de Zárate, todos ellos cualificados representantes de la actitud tradicional que sostuvieron encendidas controversias con el liberalismo centralista en defensa de los fueros alaveses.

El 15 de febrero de 1861 se publicó la Real Orden que le nombraba para el mismo puesto de administrador principal en las Reales Salinas de Poza, aumentando su retribución hasta los 16.000 reales, al tratarse de una posición de mayor importancia. Fue sustituido en Añana por Bernardino Villasante, que procedía a su vez de administrar las salinas de Rosío en ~~Guipúzcoa~~, lo que demuestra la importancia jerárquica de las respectivas salinas de la zona.

Trasladada su residencia a Burgos, fue redactor de *El Eco de Burgos*, que dirigía Ontañón. Entre sus escritos de esta época destaca su *Historia de la milagrosa imagen del Santísimo Cristo que se titula de Burgos*, publicado en 1867.

En enero de 1869, sólo tres meses después de la Revolución que destronó a Isabel II, fundó y dirigió el periódico *El Castellano Viejo*, que con la cabecera de «Periódico Religioso y Monárquico» aparecía bisemanalmente, los martes y los sábados, editado en la imprenta de Revilla. El periódico, de clara orientación carlista y defensor de la legitimidad dinástica, tuvo una corta vida, dado que cuando apenas se habían publicado siete números su director fue detenido y encarcelado por orden del gobernador civil que representaba a las nuevas autoridades revolucionarias, lo que trajo consigo el cese de su aparición. Con él desapareció el único periódico carlista que se publicaba en la ciudad de Burgos. Al parecer el pretexto para el encarcelamiento del valiente periodista pozano fue un sueldo que publicó denunciando las



Ejemplares de *La Fe*, uno de los periódicos carlistas en los que colaboró el escritor pozano.

Después de concluida la última guerra carlista (1872-1876) y siempre fiel a sus ideales, colaboró en el periódico *La Fe* que fundó y dirigió en 1875 don Vicente de La Hoz y dirigió más tarde don Antonio J. de Vildosola siendo durante sus dieciséis años de existencia ejemplo de la lealtad carlista más acrisolada. En este periódico publicó en 1881 un artículo sobre el Santísimo Cristo de Burgos, que tuvo gran resonancia al avivar la polémica sobre la naturaleza física de la famosa talla conservada en la catedral burgalesa.⁶

Fue individuo de número de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, y por sus méritos literarios y civiles fue distinguido con la Real Orden americana de Isabel la Católica.

Un par de años antes de morir, publicó en Madrid en la imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado un librito titulado *Sucesos verídicos, leyendas e historias interesantes*, que tuvo notable difusión y que, a pesar de su

irregularidades cometidas en las elecciones municipales.

Tras su residencia en Burgos, mudó su domicilio a Madrid, donde participó activamente en los trabajos de reorganización de la gran comunión católico-monárquica bajo la dirección del legendario general Cabrera. En 1869, al crear-se Juntas en todos los distritos para participar en las contiendas electorales, formó parte como Vocal de la del Distrito del Hospicio, y entró a formar parte de la nómina de redactores del periódico *La Fidelidad*, dirigido por José María Benítez Caballero y cuya publicación siguió al menos hasta 1870 a pesar de la represión contra los periódicos carlistas ejercida por el Gobierno.

⁶ Para mayor información sobre este asunto véase el interesante trabajo «El Santo Cristo de Burgos y los Cristos Dolorosos articulados», de María José Martínez Martínez, publicado en Internet.

enigmático título, no es más que una nueva revisión de su Historia del Santísimo Cristo de Burgos, a la que se añadió un breve capítulo dedicado a la biografía de la Venerable Madre María de Jesús y otro a la Inmaculada Concepción. En la dedicatoria del opúsculo al marqués de Urquijo, inserta no obstante una perla que es muestra de sus sentimientos —tan similares a los de los autores de este otro libro que el lector tiene entre sus manos— y que merece la pena reproducir: «La sangre que por mis venas circula es vascongada en su más acrisolada pureza, circunstancia que no puede en manera alguna modificar y menos alterar el haber nacido yo en un pueblo de la provincia de Burgos, Poza de la Sal, al que profeso especialísimo, acendrado y cariñoso afecto, no tan solo porque en él vi la primera luz y pasé los más tranquilos años de mi vida, sino porque en él permanecen y han sido sepultados los restos mortales de mis queridísimos padres».

Dos años antes de su fallecimiento, ocurrido en 1886, Felipe Urquijo hacía profesión de su amor a su pueblo natal, lo que refrenda su calidad de hijo de Poza, compatible con su condición de vasco de la mejor estirpe.

El nombre de Felipe de Urquijo figura por derecho propio como gloria pozana en la historia del periodismo burgalés y, a más amplia escala, en el elenco de aquellos hombres de profundas convicciones religiosas que, pluma en ristre y agrupados en torno a la esperanza que representaba el joven pretendiente Carlos VII, opusieron a la marea revolucionaria el espíritu de la España católica y tradicional.